

Los labios
más dulces
de todo
Dublín

MARION S. LEE

Los labios
más dulces
de todo
Dublín

MARION S. LEE



EDICIONES **KIWI**

EDICIONES KIWI, 2024
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, abril 2024
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19939-31-9
Depósito Legal: CS 210-2024
© del texto, Marion S. Lee
© de la cubierta, Borja Puig
© de la foto de cubierta, shutterstock
Corrección, Ana M^a Benítez

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para Javi.
Gracias por estar siempre ahí.
Te quiero.

1

Meghan entró en pánico. No podía ser, no podía volver a sucederle lo mismo otra vez.

—¿Dónde estás? ¡Maldita sea!

El corazón se le subió a la garganta. Abrió todo lo que pudo el bolso y casi metió la cara dentro para buscar la tarjeta de embarque para el vuelo que la llevaría de regreso a Dublín. Pero, por mucho que rebuscaba, no daba con ella. Y, tras varias pasadas al fondo y remover sus pertenencias de un lugar a otro, la realidad se impuso de manera aplastante: no estaba allí.

Sintiendo el calor abrumador que le subía al rostro, levantó la cabeza y abrió los ojos de manera desmesurada al darse cuenta de lo que eso podía suponer.

«¡Ay, Dios! ¿A que pierdo también este vuelo?».

Un montón de imágenes pasaron por delante de sus ojos: el retraso del taxi, la carrera por los pasillos del aeropuerto de Madrid como si la persiguieran los perros del infierno, la azafata que le cerró las puertas de acceso al avión delante de sus narices...

—No puede ser —lloriqueó.

La señora que estaba delante de ella se giró, con la frente arrugada.

—¿Cómo dices, niña?

Ella ondeó las manos ante sí.

—No era a usted, perdone. Es que he...

No acabó la frase, bajó la vista con nerviosismo y la clavó en el suelo. «Ha debido de caerse cuando me levanté para hacer la fila, estoy segura».

Dejó la bolsa de mano, que no había facturado, en su lugar para no perder el puesto y salió en busca de la esquiwa cartulina. La cola que se había generado se alargaba varios metros y ella la desanduvo hasta el lugar en donde había estado sentada mientras aguardaba a que abrieran el embarque, pero no había ni rastro del billete. Regresó sobre sus pasos mientras se fijaba en los pies de las personas que esperaban para acceder al avión... Hasta que, al fin, dio con ella. La tarjeta estaba aplastada a medias por un zapato Oxford de color marrón. Del número 44, como mínimo.

«¡Joder! ¡Qué susto!», sollozó en silencio, sin saber si echarse a llorar de la alegría o reír como una loca.

Levantó la mirada para clavarla en el dueño de aquellos zapatos. Cuando sus ojos recayeron en él, y al reparar en su rostro, se dio cuenta de que era el mismo hombre al que había visto trabajar en su portátil durante todo el tiempo que había estado aguardando en la sala de espera.

—Perdone, pero está pisando mi tarjeta de embarque —dijo en su idioma natal mientras señalaba con el dedo índice hacia el suelo.

Lo tomó por sorpresa. Él clavó sus ojos claros en ella y los abrió de manera desmesurada. Por un momento creyó que no la había entendido y estuvo a punto de repetir la frase en español.

—Perdone, ¿cómo dice? —contestó él en un perfecto inglés, con cierto acento británico. Antes siquiera de que pudiera responderle, el hombre miró a sus pies y levantó de inmediato el que estaba pisando la tarjeta—. Lo siento, no la había visto.

Ella se agachó rápidamente y la recogió.

—No pasa nada. Lo que importa es que la he encontrado. No me hacía ninguna gracia perder este vuelo también. Gracias.

Él le dedicó una media sonrisa y un asentimiento, y ella se encaminó de regreso a su puesto en la cola de pasajeros.

Cuando accedió al aparato, los viajeros que ya habían entrado se estaban acomodando. El asiento que le habían asignado estaba al fondo del avión, muy cercano a los aseos, y hasta allí se dirigió

sorteando como pudo a las personas que aún no ocupaban sus lugares.

Mientras atravesaba el estrecho pasillo, se dio cuenta de que iba a ser un viaje movido; gran parte del pasaje eran adolescentes que regresaban a Irlanda después de lo que, pensó, debía de ser alguna excursión a la capital española. Y lo supuso porque los muchachos parecían todos de la misma edad y no podían parar de reír con camaradería.

Deseando estar equivocada, llegó hasta la fila en la que estaba su asiento. Le habían asignado el central. Sus ojos fueron con rapidez hacia el que sería su acompañante en el vuelo. Junto a la ventana, estaba sentado un adolescente con el pelo revuelto, sonrisa enmascarada por una ortodoncia y largos y desproporcionados brazos. El chico se giraba una y otra vez hacia atrás para intercambiar risas y bromas con quien ocupaba el asiento de la fila de atrás. El puesto del pasillo aún estaba vacío y rezó para que continuara así, porque, como su compañero siguiera moviéndose como hasta ese momento, el viaje se le iba a hacer muy muy largo.

Dispuesta a no caer en el desánimo ni en la autocompasión, sacó los auriculares y el teléfono móvil del bolso, y colocó este debajo del asiento frente a ella.

Se ajustó el escote de la camiseta con unos tironcillos. No debería haber elegido aquella prenda que se amoldaba tanto a su pecho, por más que el rojo fuera su color favorito y le sentara bien a su melena pelirroja y al tono de su piel. Pero ya no podía cambiarse de atuendo, así que suspiró y se abrochó el cinturón. Entonces, seleccionó en el reproductor una lista de canciones, cerró los ojos y se acomodó lo mejor que le permitía el poco espacio disponible. Ella era alta, algo más de metro setenta y cinco, así que, en cuanto se estiraba un poco, sus rodillas rozaban la bandeja del asiento que tenía frente a sí.

Respiró al fin tranquila, dispuesta a relajarse antes de que despegaran. Nunca pensó que su estancia en Madrid acabaría de aquella manera tan ajetreada y rocambolesca. Y, aunque le fastidió

perder el vuelo que partió tres horas atrás por haber llegado tarde, tal vez hubiese sido por algo.

«Tal vez los hados querían que yo perdiera ese vuelo —pensó a la vez que torcía un poco el gesto—. ¡Sea como sea, maldita la gracia que me ha hecho tener que comprar un nuevo pasaje!».

Pese a la manera en que había acabado su periplo en Madrid, por lo menos el curso de perfeccionamiento en repostería en Le Cordon Bleu había sido fantástico. Por supuesto, no lo requería para que su tienda, esa que le había costado tanto esfuerzo y trabajo levantar de la nada, funcionase mejor de lo que ya lo hacía. Si había decidido conseguir el título fue porque necesitaba salir de Dublín en esos días, y ¿qué mejor que irse a un lugar del que guardaba tan buenos recuerdos como era Madrid?

Había estado en la capital de España cinco años atrás, cuando realizó el curso básico en la prestigiosa academia de cocina. Por aquel entonces, tener una tienda era su sueño. Uno que comenzó siendo niña, cuando ayudaba en la cocina a su abuela Fiona a amasar el pan o a hacer galletas de mantequilla mientras las dos cantaban canciones infantiles.

Logró abrir su ansiada pastelería poco tiempo después de tener su certificado básico en repostería. Y, todo ese tiempo, tuvo a su lado al hombre más importante de su vida. Ese con el que creyó que iba a formar una familia. El mismo que se había casado una semana atrás e iba a ser padre. Pero ninguna de esas dos cosas la incluían a ella.

Pensar en Aidan siempre le dolía. Habían compartido seis maravillosos años en los que se sintió arropada, querida, apoyada y valorada. Pero, según le explicó él cuando le dijo que quería terminar con ella, la palabra «compromiso» lo agobiaba. Y no quiso seguir en una relación que, argumentó, lo asfixiaba y lo abocaba a un matrimonio para el que aún no estaba preparado.

Era curioso, cuando menos, que de eso solo hubiesen pasado nueve meses; nueve meses en los que le dio tiempo a volver a enamorarse, engendrar un hijo y casarse.

Estaba claro, o así lo entendía, que el problema no fue que tuviese miedo al compromiso, sino que no quería comprometerse con ella. No quería formar esa familia *con ella*. Punto final.

Bajó la cabeza y tragó saliva, aunque esta no le pasó por la garganta. Le escocía pensar en Aidan y en su traición. Sí, traición, se repitió en silencio; al menos, así lo sentía.

Había salido corriendo de Dublín para no estar allí el día de su boda. No quería saber nada, no quería encontrárselo por casualidad. No quería que amigos comunes le dijeran lo bonita que había estado la ceremonia, lo feliz que se veía o cualquier otra frase que le hiciera apretar los dientes, sonreír y desear que se la tragara la tierra y la escupiera en Japón.

Tomó aire y lo expulsó lentamente sin abrir aún los ojos. La vida de Aidan había seguido adelante y había cambiado, mientras que la suya... La suya seguía exactamente en el mismo punto en que él la había dejado: sin más aliciente que su trabajo, sus pasteles y su clientela.

«¡Ah, pero eso está a punto de cambiar!», se dijo mientras se enderezaba en el asiento, levantaba la barbilla y esbozaba una sonrisa. «¡Ya está bien de compadecerme de mí misma! ¡Cuando llegue a casa, la nueva Meghan será un hecho! Le voy a demostrar que no lo necesito para ser feliz. ¡Porque soy feliz! Sí, eso es».

La persona que tenía asignada la plaza contigua llegó en ese momento y ella notó cómo se instalaba.

Torció el gesto sin despegar los párpados, desilusionada. ¡Allá iba su esperanza de que nadie lo ocupara! Estaba visto que ese día sus deseos no se cumplían.

Miró por el rabillo del ojo al pasajero, ya sentado a su lado, y se envaró de inmediato al reconocerlo: era el hombre al que tuvo que pedirle que levantara el pie para recoger su tarjeta de embarque; al que había estado observando con disimulo en la sala de espera, aprovechando que él trabajaba.

Como si este supiera que ella tenía su atención puesta en él, se giró un poco hacia ella y le dedicó una inclinación de cabeza.

—Hola, otra vez. Por lo que veo, vamos a viajar juntos.

Le ofreció una sonrisa de cortesía acompañada de un asentimiento.

—Eso parece, sí.

Sin añadir nada más, él se abrochó el cinturón de seguridad. Se colocó muy erguido, a la espera de que los pocos pasajeros que aún quedaban en pie se acomodaran y de que las azafatas procedieran con la protocolaria comprobación de los compartimentos de maletas.

Mientras, ella echó una mirada de soslayo a su vecino. Tenía las manos apoyadas sobre las rodillas; unas manos grandes, de dedos largos, estilizados y con uñas muy cuidadas. El pelo, de un tono rubio rojizo, era corto sobre las orejas y algo más largo en el resto. Se lo peinaba hacia atrás y se le rizaba por encima del cuello de la chaqueta.

Aunque lo había visto solo un instante de frente, debía admitir que era un hombre elegante, con aquel traje de dos piezas que le sentaba como un guante y que enfundaba unas largas piernas. Poseía cierto atractivo: tenía una mandíbula marcada, ensombrecida por un atisbo de barba algo más oscura; una nariz recta, acorde con el óvalo de su rostro; y unos ojos que, creyó recordar, eran azules. Muy azules.

Le llegó una suave fragancia a colonia masculina; olía a fresco, con ciertos toques de cítricos y madera que la hicieron inspirar con deleite. Para una persona como ella, acostumbrada a usar el olfato en su trabajo, tener a alguien sentado a su lado que oliera tan bien era un auténtico placer.

Carraspeó y se dispuso a esperar el despegue. Odiaba volar y ese momento en concreto era el peor, incluso lo temía más que al aterrizaje. Sentir cómo el estómago se contraía al tomar altura la ponía muy nerviosa, así que volvió a cerrar los ojos cuando notó que las turbinas del avión se revolucionaban. Se agarró con fuerza a los reposabrazos y trató de tranquilizarse.

Respiró cuando escuchó la voz de la azafata indicándoles por la megafonía que podían desabrocharse los cinturones.

«Bueno, ya está. Ya estamos arriba», se dijo para mantener su nerviosismo a raya. Entonces, como si se hubiese abierto la veda, el interior del avión se llenó de los inconfundibles clics de los cinturones de seguridad al soltarse.

Se dio cuenta de que, durante el despegue, había estado dando vueltas y más vueltas al anillo que llevaba en el dedo anular de la mano derecha. Era el típico *claddagh*, con una pequeña esmeralda en forma de corazón en el centro. Y, sobre él y sujeta con dos manos, había una corona. Durante seis años lo había llevado en la mano izquierda, con la figura del corazón apuntando hacia los dedos, como mandaba aquella tradición irlandesa para las personas que estuvieran comprometidas. Después de nueve meses, aún no se había acostumbrado a llevarlo de nuevo en ese lugar. Y en ocasiones como esa, en las que se sentía sobrepasada, parecía que aquel inconsciente gesto la ayudaba a calmar el ánimo.

Rebuscó en el bolsillo que tenía frente a ella y tomó la única revista que allí había. La hojeó sin prestarle demasiada atención. Estaba colocándola de nuevo en su lugar cuando el muchacho de su izquierda se giró hacia el asiento de atrás y la golpeó en la rodilla con la puntera de su zapato.

—¡Auch! —se quejó.

Sin darse por aludido, el joven, al que no echaba más de quince o dieciséis años, continuó charlando con la persona que iba en la fila de atrás. Lo miró de reojo y torció el gesto. Se retrepó de mala gana en su sillón y apoyó la nuca en el cabezal. De manera inconsciente, miró hacia el hombre que estaba sentado a su derecha. Había sacado su ordenador portátil y parecía estar muy concentrado en los gráficos y los datos que tenía en su pantalla. Sabía que era de mala educación fisgonear, pero su vista se quedó enganchada en las múltiples barras de colores y en las tablas que se mostraban en la pantalla y que le parecían todo un galimatías.

Consciente de que ya lo había estado examinando a conciencia, regresó la mirada al frente... En ese momento, el chico de su

izquierda la golpeó en el codo sin ella esperarlo. Incapaz de poder reprimirse, dio un respigo.

—Lo siento. —Oyó decir al muchacho a la vez que esquivaba expresamente su mirada.

Ella endureció su semblante. El estudiante no paraba de moverse: se incorporaba para, a continuación, dejarse caer en el respaldo con vigor. Se giraba hacia atrás, asomaba la cabeza entre los asientos y hablaba en voz alta con quien estuviera sentado tras él.

«¡Azafata! Una cuerda, por favor. Voy a atar a alguien y lo voy a colgar del ala del avión».

El resto de los pasajeros no parecía estar pasándolo mejor que ella. Los jóvenes viajeros, en su afán de continuar con las risas y las bromas con sus compañeros, se habían levantado e intercambiaban asientos sin ton ni son, y sin preocuparse si con ello incomodaban a los demás.

Volvió a hundirse en su sillón. Se dio cuenta de que no paraba de dar vueltas de nuevo al anillo. Por más que una parte de ella temía estar de regreso, no veía el momento en que el avión tomara tierra y pudiera llegar a su casa. Esas cuatro semanas lejos le habían venido de perlas, pero necesitaba regresar a la rutina de su trabajo. Era una mujer de rutinas; se sentía segura cuando sabía qué debía hacer y cuándo, porque así podía prever los acontecimientos. Sí, era un poco maniática con sus asuntos, pero se sentía bien siendo como era.

«Venga, que, a partir de mañana, la nueva Meghan se va a comer el mundo», se dijo con el convencimiento de que el futuro que la esperaba, cualquiera que fuera, le tenía preparado algo mucho mejor que lo que había dejado atrás. Y eso incluía también a Aidan.

Un nuevo golpe, esta vez en el codo, la hizo tambalearse. Se giró con rapidez para enfrentar al muchacho.

—¿A ti qué te pasa? ¿Acaso tienes pulgas? —le recriminó con cierto enfado en la voz.

El rostro del adolescente se tiñó de inmediato de un subido color carmesí. Abrió una y otra vez la boca, hasta que un hilo de voz se escabulló de entre sus labios:

—Eh... No.

—Entonces, ¿te vas a estar quietecito de una vez por todas?

Con aparente vergüenza, el chico se giró hacia delante, enterró la cabeza entre los hombros y fijó su mirada esquiva en la pantalla del teléfono móvil que tenía entre las manos. Ella bufó y se sacudió en su asiento.

—Uff, ¡menudo viajecito me está dando! —masculló entre dientes mientras se recolocaba bien el cinturón de seguridad con un gesto hosco.

—Espero que no se refiera a mí.

Giró la cabeza hacia su compañero de la derecha.

—¿Cómo dice?

—Que espero no ser yo el que le esté dando el viaje —dijo el hombre sin mirarla.

—¿Qué? ¡No, claro que no! —exclamó—. Es este monstruito que tengo a mi otro lado. —Y señaló con el pulgar.

Fue entonces cuando él giró la cabeza en su dirección, pero, en lugar de mirarla, dirigió la vista hacia el chico que se encontraba junto a la ventanilla. Lo observó durante unos instantes antes de posar la vista en ella y dedicarle una tenue sonrisa que hizo aparecer pequeñas arrugas en la comisura de sus ojos.

—¿Quiere que cambiemos de sitio?

Ella parpadeó un par de veces y, de inmediato, negó con la cabeza.

—No, no. Muchas gracias. Usted está ocupado trabajando y yo... Bueno, intentaré mantenerlo a raya.

El hombre dedicó al joven una mirada más intensa y muy seria. La verdad era que esos profundos iris azules imponían bastante. Ella, al momento, desvió su atención al chico y lo observó de reojo. Como había hecho con anterioridad, simuló que el asunto no iba con él y se enfrascó en aquello que tuviera en su pantalla del móvil.

Su vecino regresó al trabajo frente a su ordenador y ella se dispuso a descansar un poco de tanto trajín ajeno. Suspiró, cerró los ojos.

El relax le duró doce minutos.

Tras ese brevísimo intervalo, el adolescente torció su cuerpo, asomó la cabeza entre su asiento y el de ella y, casi pegado a su oído, se puso a charlar a toda voz con el ocupante que iba tras él.

«Si no fuera porque es delito dar una colleja a un menor...», pensó para sí, a la vez que apretaba con fuerza la mandíbula y se sujetaba al reposabrazos.

—Juro que, antes de que aterricemos, lo mato.

Oyó un chasquido a su derecha y se giró al instante para ver al ejecutivo menear la cabeza sin mirarla siquiera.

—Espero no ser tampoco yo en esta ocasión —dijo con voz grave.

—¡No, no, por Dios! —respondió, algo azorada.

—Mejor así —añadió él antes de apagar el portátil y cerrarlo—. No quiero llegar a casa como un fiambre.

No dejó de hacerle gracia su respuesta. Bajó el rostro y le escondió una sonrisa.

—Puede descansar tranquilo, descuide. Focalizaré mi ira en el monstruito.

Sintió los ojos del hombre puestos en ella. Un súbito estremecimiento le recorrió la espalda al mirarlo... O tal vez fuera a causa de la inesperada turbulencia que los sacudió. Se agarró al asiento con desesperación y se irguió un poco para ver más allá del mar de cabezas que la precedían, por si algo estuviese pasando. Pero el resto de los pasajeros no parecían preocupados y la tripulación continuaba ofreciendo bebidas y aperitivos en medio del pasillo.

—¿Tiene miedo a volar?

—No... Bueno, un poco, sí.

—Ya entiendo —asintió él con un único movimiento afirmativo de cabeza—. Le diría que no se preocupe, pero estoy seguro de que no me va a hacer caso.

—Pues no, no le haría caso —se justificó con más rudeza de la que el hombre se merecía. Cuando se dio cuenta, chascó la lengua a modo de descargo—. Sé que es un miedo irracional...

—Todos los miedos tienen algo de irracional —añadió él—, y se hace difícil manejarlos.

—Mi problema está, sobre todo, cuando subimos. Ahí lo paso fatal. En el aterrizaje... Bueno, tampoco lo paso bien.

—Aún le queda un ratito para eso.

—Sí, lo sé, pero...

La tenue sonrisa que había empezado a aflorar en el rostro del hombre se esfumó, incluso le pareció que su semblante se había crispado. Lo observó tomar aire y expulsarlo muy lentamente.

—Eh..., perdone —dijo él con un tono de voz mucho más ronco, como si el simple hecho de articular una palabra le costara—. Si me disculpa, me gustaría descansar un poco.

Ella abrió los ojos de par en par al darse cuenta de que él quería acabar con la conversación.

—Sí, sí, claro. Por supuesto.

Sin más, él acomodó la espalda en su asiento y cerró los párpados. Se quedó mirándolo unos segundos, algo extrañada por su repentino cambio de humor. La verdad era que la charla con él le había hecho olvidar que aún le quedaba el mal trago del aterrizaje. Torció un poco el gesto, suspiró y pensó que podría imitar a su compañero... si el chico de la ventanilla se lo permitía. Pero eso ya era otra cuestión.

El vuelo continuó en una tranquilidad relativa. No sabía si había sido capaz de dar una pequeña cabezada, lo que sí sabía con certeza era que, al parecer, el estudiante debía haber descubierto algo en su móvil con lo que entretenerse, porque en los últimos cuarenta y cinco minutos no le había dado la lata. O no demasiado.

Pero los demás adolescentes no parecían haber encontrado el mismo divertimento y varios de ellos se dedicaron a pasear por el pasillo. En un momento dado, ella pensó que todo el avión se había convertido en un gran puzle. La plaza que era dejada libre por uno de los muchachos era ocupada por otro, así que el primero, cuando regresaba a su asiento, se veía en la necesidad de buscar un lugar que algún compañero hubiese dejado libre... Y así una y otra vez.

Cerró los ojos y resopló. No podía dormir y era incapaz de leer cuatro líneas seguidas sin que una risotada la interrumpiera. Aquel viaje estaba siendo una tortura.

De repente, su vecino, a quien creía dormido, se desabrochó el cinturón con malos modos y se levantó. Lo vio ofrecer una mirada ceñuda a los estudiantes que estaban de pie y, sin más, caminó pasillo abajo. Se detuvo en cuanto se topó con la azafata.

—Señorita, ¿tendría la amabilidad de decirle a quienes estén a cargo de estos chicos que están importunando a los pasajeros? —dijo con un tono de voz que denotaba a las claras lo enfadado que se sentía.

Un murmullo generalizado le dio la razón.

Visiblemente incómoda por la situación, la azafata asintió varias veces.

—Lo siento mucho, señor. Se lo comunicaré...

—¡Pues haga su trabajo, maldita sea! —le recriminó—. Apenas nos quedan treinta minutos para aterrizar y no hemos tenido ni uno solo de tranquilidad.

A esas alturas, todo el pasaje estaba atento a lo que sucedía en el pasillo. Como por arte de magia, los chicos comenzaron a tomar asiento con rapidez y, unas filas más adelante, un hombre menudo se puso en pie.

—Siento el inconveniente —murmuró al detenerse delante de su vecino—. Me aseguraré de que no molesten más.

—Ya podría haber intervenido antes, ¿no le parece? —repuso el hombre, bastante airado.

El profesor apretó los labios, tomó aire y desvió la mirada hacia un grupo de alumnos cercanos. Su expresión cambió al instante y ella pensó que no querría estar en sus pellejos cuando aterrizaran.

El suave timbre de aviso interrumpió la escena. La auxiliar de vuelo se giró hacia su vecino mientras desplegaba una protocolaria sonrisa.

—Señor, estamos llegando al aeropuerto. ¿Sería tan amable de regresar a su asiento, por favor?

El hombre no dijo nada. Se limitó a girar sobre sus talones y, en tres largas zancadas, estaba de nuevo instalado en su lugar. Se colocó el cinturón con maneras algo rudas y cerró los ojos justo antes de descansar la cabeza sobre el respaldo del asiento.

Ella no se atrevió a moverse. Lo cierto era que él había sido la educación personificada durante todo el vuelo, pero ese explosivo arrebato le había mostrado que, en ocasiones, las primeras impresiones no siempre eran las correctas. Además, le había hecho recordar al famoso superhéroe verde de los cómics. Y estaba segura de que algún que otro pasajero debía haber pensado lo mismo. Sea como fuere, había impuesto el orden y el silencio en el interior del avión, por lo que se lo agradeció.

El ruido de la turbina se hizo más intenso y cerró los ojos con fuerza. ¿Cuándo se le iba a pasar ese miedo tan visceral? En ese momento pensó que nunca, así que se agarró con más fuerza al sillón, apretó los párpados y comenzó una letanía a todas las deidades que conocía.

Unos minutos después, el avión tomaba tierra en el aeropuerto de Dublín.

Ella se desabrochó el cinturón, pero sabía que no podía salir de allí hasta que el hombre se levantara.

Por fin, él se puso de pie. Lo hizo antes que los pasajeros que los rodeaban, así que pudo tener un poco de más espacio. Se incorporó como pudo y quedaron frente a frente, muy cerca.

De nuevo, el aroma de su colonia le llegó hasta la nariz.

—Hasta otra ocasión. —Lo oyó decir justo antes de que él tomara su maleta del compartimento superior y la bajara. Entonces, clavó sus ojos en ella e hizo un movimiento sutil con la cabeza a modo de despedida—. Buenas noches.

Ella le respondió con un gesto similar y lo vio alejarse por el pasillo. Justo cuando iba a levantarse, algo sobre el asiento vacío llamó su atención. Enseguida se dio cuenta de que el hombre se había dejado olvidado un bolígrafo. Antes de tomarlo, miró en la dirección en la que él se había marchado, pero ya no pudo verlo.

Así que, con cautela, lo recogió. A simple vista se notaba que era una buena pluma, de esas caras que utilizaban los ejecutivos para las firmas de contratos importantes.

«Seguro que regresará a buscarla, porque a cualquiera le daría rabia perder algo como esto», pensó.

Estuvo tentada de dejarla allí, pero esa era una Montblanc, la había reconocido sin ningún problema. Así que la tomó para entregársela a la asistente de vuelo y se la guardó en el bolsillo, dispuesta a tomar su equipaje de mano del compartimento superior.

Acababa de colocar su maleta en el suelo cuando alguien detrás de ella la empujó. Alarmada, se giró con rapidez para encontrarse los rostros asombrados de un par de adolescentes que querían ocupar el pasillo en el mismo momento.

—¡Pero bueno! —replicó ella, y notó que la rabia que había sentido durante el vuelo regresaba a ella—. ¿Vais a estar dando la lata hasta el último momento?

Ofuscada, se giró y salió del avión rumiando que aquel era un vuelo que prefería borrar de su memoria.

2

Tan pronto como sonó el despertador, Kevin Moran lo apagó de un único manotazo mientras que de su garganta salía un largo gemido que pretendió ahogar colocando el antebrazo ante su rostro.

Por fortuna, el horrible dolor de cabeza con el que se acostó cuando llegó del aeropuerto desapareció durante la noche y pudo dormir bien sin necesidad de un analgésico. No obstante, no tenía ninguna gana de ir ese día al trabajo. Si por él fuera, se quedaría en la cama hasta mediodía, tomaría un desayuno tardío y se sentaría en la mesa de la cocina a leer tranquilamente el periódico. Pero mucho se temía que nada de eso iba a suceder.

El día anterior lo había dejado muy cansado. En realidad, estaba cansado de toda esa semana. En los días que estuvo en Madrid, no paró ni un solo instante; había ido de un lugar a otro para reunirse con los representantes de las corporaciones que podrían llegar a ser sus socias comerciales. Por fortuna para él, y por supuesto para su empresa, las negociaciones habían salido muy bien y regresó a Dublín con las firmas de los contratos en su maletín y el orgullo de haber hecho un gran trabajo.

Decidió que, aunque fuera lo que más le apetecía, no podía remolonear más. Estaba seguro de que Rory lo tendría todo controlado y que, si le decía que iba a tomarse el día libre, no le diría que no. Pero desestimó enseguida la idea porque se conocía. Era un hombre de negocios y un profesional, de esos que incluso anteponían la empresa y las obligaciones a sus deseos, incluyendo su bienestar.

«Y, además, ¡tengo que pasar por el banco antes de ir a la oficina!».

Un lunes por la mañana. En el centro de Dublín. Y con el caótico tráfico.

No cabía en sí de gozo.

«¡Menudo regreso a casa!».

Tras un rápido paso por la ducha se enfundó en un traje, uno de un tono gris que le gustaba mucho, y eligió una corbata a juego. A menudo, su primo se reía de él y le decía que parecía un maldito inglés, con ese aspecto tan estirado y refinado. Algo con lo que él no estaba de acuerdo, por supuesto. Era la fuerza de la costumbre, pues, en sus años de universidad en Oxford, esa era la indumentaria que solía utilizar y se había convertido en un hábito difícil de erradicar. Se sentía cómodo. Sus empleados llevaban un uniforme, y él también.

Tan solo fue necesario que abriera la puerta para que el olor a verano le llegara hasta la nariz. Se encaminó hacia su coche, aparcado bajo el único árbol que tenía en su jardín. El cual, por fortuna, era lo suficientemente grande como para ofrecerle una agradable sombra.

Le encantaba su casa; la había comprado siete años atrás, cuando su madre vendió el hogar familiar —en el centro de Dublín— y se mudó a Kinsale, en donde vivían su hermana y su familia. Con la parte que le correspondió, adquirió esa vivienda en Drumcondra. Y no se había arrepentido ni una sola vez de ese cambio.

En cuanto enfiló la atestada autovía, el remanso de paz que era su barrio llegó a su fin. No soportaba el intenso tráfico ni el bullicio. Además, algunas de las principales avenidas del centro estaban cortadas a causa de las obras de expansión del tranvía, así que ya sabía de antemano que lo pasaría fatal para encontrar un aparcamiento cercano al banco.

«Ni cerca ni lejos, vaya», pensó mientras tamborileaba sobre el volante al ritmo de la canción que sonaba en la radio.

Pudo aparcar el coche casi una hora después. Se lo llevaban los demonios. Se colocó bien la corbata y miró al cielo. Hacía un perfecto día de verano.

«Un perfecto día para no ir a trabajar».

Apretando la mandíbula, se puso en camino con el deseo de que sus gestiones no le llevaran mucho tiempo.

Para cuando acabó y llegó al polígono industrial en donde estaba establecida su empresa, era media mañana. Entró en la nave, donde aún estaban estacionadas un par de las furgonetas pertenecientes a la flota de la compañía, a la espera de que se completara la carga para hacer la ruta que les hubiesen asignado. Al pasar, algunos empleados lo saludaron: unos, con un gesto de la mano o de la cabeza; y otros, con un contenido «Buenos días, Kevin» que él retribuyó de la misma manera.

La actividad era incesante. Había palés apilados al fondo del edificio, y en las altas estanterías se amontonaban las cajas que una carretilla elevadora se encargaba de bajar y subir.

Subió los dos tramos de escaleras que se encontraban en un lateral de la nave para acceder al piso en donde estaba la oficina de la gerencia. Al traspasar la puerta, el ruido procedente del exterior cesó de repente. Suspiró aliviado y enfiló por el largo pasillo hacia el fondo, en donde se encontraba su despacho.

Al llegar a la pequeña oficina de su secretaria, se detuvo en seco. Allí, hablando con Moira, estaba Rory McCoy, su primo y compañero de trabajo. Le daba la espalda, así que no lo vio llegar. Tan solo se dio cuenta porque, de manera casi instintiva, la mujer se irguió en su asiento y miró hacia la entrada. Rory se giró sobre los talones con un desenvuelto movimiento y, en cuanto sus ojos se percataron de su presencia, una sonrisa iluminó su rostro. Fue hasta él, le tendió la mano y, acto seguido, le dio un fuerte abrazo.

—¡Ya estás aquí! —le dijo mientras le palmeaba la espalda con efusividad.

Se separó de él y le correspondió el gesto.

—Sí. Ya estoy de regreso. Hola, Moira.

—Buenos días, señor Moran —le contestó la mujer con cortesía.

—Venga —instó a Rory—, vayamos a hablar a mi despacho, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —asintió su primo—. Nos vemos luego, Moira.

Cualquiera que los visitara por primera vez no esperaría un lugar como ese en el segundo piso de una nave industrial. Había cuidado la decoración hasta el más mínimo detalle para convertir el despacho en un espacio lo más funcional posible, sin olvidar que, en cierta forma, era la imagen que veían los clientes cuando iban a tratar asuntos de negocios. Estaba muy contento con el trabajo de la empresa de interiorismo que contrató en su día. Ellos se habían encargado de todo y colocaron una mesa de escritorio, robusta a la par que elegante, y otra mesa más, de cristal y con las patas de acero, que se encontraba en la zona opuesta del despacho. También habían instalado un par de sillones al otro lado de su mesa y, al fondo de la estancia, un sofá de cuero, de un llamativo color rojizo. Una amplia librería completaba el mobiliario.

Entró, fue hasta el perchero y dejó allí la chaqueta. Hacía calor y las prisas habían intensificado la sensación. Se pasó una mano por el cuello y se aflojó un poco el nudo de la corbata.

—Has llegado tarde. —Oyó decir a su espalda a Rory.

—Es verdad —admitió antes de girarse. Su primo se había sentado en una de las confortables sillas al otro lado de su escritorio y lo miraba con una mueca divertida en su rostro. Chascó la lengua y se dirigió a su sillón—. El maldito tráfico. Cada vez me gusta menos pisar el centro. No iría si no fuera porque los bancos están allí.

Rory McCoy, más que su primo, era su hermano. Tenía apenas un año menos que él y no recordaba ni un solo instante importante de su vida en el que no hubiese estado presente. Eran de la misma estatura y ambos poseían los ojos claros heredados de su abuelo, pero ahí acababa su parecido. Mientras que su color de pelo tendía hacia el rubio rojizo, el cabello de su primo era de un tono castaño

oscuro. A Rory le gustaba lucir un atisbo de barba, mientras que para él eso no era más que desidia por afeitarse cada día. Era ancho de hombros y en sus labios había siempre una mueca divertida que derivaba con facilidad en una sonrisa.

Fijó la mirada en él y en su manera de sentarse; solía escurrirse en el asiento, con un brazo colgando tras el respaldo y las largas piernas separadas. Elevó los ojos hacia el techo y resopló.

—¿Cuándo vas a aprender a sentarte como una persona decente y no como un niño, Rory?

Su primo bufó y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Y... ya habló el *señorito* inglés —rezongó con diversión. Se enderezó en la silla, irguió los hombros e hizo una exagerada reverencia acompañada de un florido gesto con el brazo—. Como usted quiera, majestad.

—Déjate ya de tonterías, anda.

—Sí, sí, tonterías —se mofó Rory—. Pero, venga, ¿qué tal fue el viaje de regreso?

—Bueno, los he tenido mejores —comentó—. El avión estaba lleno de adolescentes hormonales que no pararon ni un solo segundo en todo el vuelo.

—Al decir «adolescentes hormonales», ¿te refieres a como éramos tú y yo cuando teníamos esa edad?

Miró a su primo y lo apuntó con el dedo índice de manera acusadora.

—Tú a lo mejor te has comportado como esos monstruos. Yo no, desde luego.

Rory dejó escapar una carcajada.

—No; tú no, por supuesto.

—El... niño, por no llamarlo algo peor, que ocupaba el asiento de la ventanilla le dio el viaje a la chica que estaba sentada a mi lado. ¡Y yo con un dolor de cabeza de querer cortármela y jugar a los bolos con ella!

—Ya sé cómo te pones cuando te duele, sí. Míster Hyde a tu lado es un corderito.

—Tampoco te pases —masculló entre dientes, aunque sabía que Rory tenía algo de razón—. En fin... Pero, dime, ¿qué tal ha ido todo por aquí?

La expresión de burla que había mantenido su primo hasta ese momento desapareció por ensalmo. En su lugar quedó solo una satisfecha sonrisa.

—Muy bien. Sin incidentes. Cada vez tenemos más trabajo.

Las noticias lo alegraron. Ver crecer la empresa era algo que lo llenaba de orgullo. Se reclinó en el respaldo y cruzó los brazos ante su pecho.

—Y más que vamos a tener.

Como si lo hubiesen pinchado con una aguja, Rory se inclinó hacia delante y se apoyó en el cristal de la mesa.

—¿Eso quiere decir que has conseguido los contratos?

Asintió con exagerada deliberación.

—He conseguido los contratos.

—¡Esto hay que celebrarlo! —palmeó Rory entusiasmado—. ¡Es estupendo!

—Lo es, sin duda. Vamos a tener que contratar más gente si queremos cubrir las nuevas rutas. Ya he hablado con el banco para ampliar la flota de furgonetas, así que mañana tengo que regresar para firmar la nueva línea de crédito que he solicitado.

—Pues también habría que gestionar la adquisición de más motos, Kev —apostilló mientras lo señalaba con el dedo—. Si vamos a comenzar a asumir los repartos de los productos de algunas empresas locales, vamos a necesitarlas.

—Lo estudiaré.

—Nada de estudiarlo, las necesitamos ya. Esta tarde te esperan unos posibles clientes. Yo juraría que van a firmar el contrato, les presentes lo que les presentes. Están adquiriendo mucho mercado y precisan una buena distribución, algo que nosotros podemos darles.

Él se incorporó, echándose hacia delante. Imitando la postura de su primo, apoyado sobre la mesa.

—¿Qué empresa es?

—Una pastelería. Tantearon a los clientes para ver cómo era acogido el reparto a domicilio de sus productos y han reaccionado de manera muy positiva. Necesitan el servicio para ayer.

Con parsimonia, asintió un par de veces, sin ser consciente de que su cabeza se movía. Su mente trabajaba a marchas forzadas mientras trataba de planificar qué pasos debía dar a continuación para incorporar ese servicio a los muchos otros que ya ofrecía la empresa.

—Te esperan sobre la una y media —le informó su primo.

—¿En dónde está?

—En la esquina de las calles Grafton y Duke.

Kevin arrugó la nariz y dejó caer la cabeza hacia delante.

—¿En la calle Grafton?! ¿Otra vez tengo que ir al centro?

—Me temo que sí.

—Pero ¿tú sabes cómo está el maldito tráfico? El Ayuntamiento tiene medio Dublín levantado con las obras del tranvía. Es una pesadilla.

—Lo sé, por supuesto que lo sé. El viernes estuve allí, sin ir más lejos. Utiliza el *parking* de Saint Stephen. Es lo más cercano.

Resignado, dejó escapar el aire de sus pulmones.

—¿Qué remedio tengo si no quiero estar una hora buscando aparcamiento! —masculló, rendido a los hechos—. Entonces, es una pastelería.

Rory asintió.

—Exacto. Y, al parecer, es un negocio boyante.

—Eso está bien.

—Con quien hablé fue con la encargada. Hicimos un par de entregas de prueba y todos quedamos satisfechos: la chica, su cliente y yo.

—¡Pues qué bien!

—Me dijo que fuera hoy a visitarlos, que su jefa ya habría regresado de un viaje y tenía que ser ella quien firmara el contrato.

—Estupendo entonces —dijo mientras palmeaba la mesa con suavidad varias veces—. ¿Algo más que deba saber?

—No —contestó Rory, seguro de sí mismo—. Tampoco es que hayas estado fuera tantos días.

—A mí sí me lo ha parecido —contestó—. Supongo que me da esa sensación por el cansancio que tengo acumulado.

—Tal vez deberías haberte quedado en casa hoy. Te lo mereces.

Dejando escapar el aire de entre sus labios, echó la cabeza hacia atrás y clavó su mirada en el techo a la vez que se masajeaba la nuca.

—Ojalá. Lo hubiese hecho de buen gusto, de veras. Los dolores no cesan —murmuró muy bajito, al tiempo que cerraba los ojos y giraba el cuello hacia un lado y hacia otro con suavidad.

—Deberías ir al médico, Kev. A ver si lo que tienes es un tumor cerebral y yo voy a tener que hacerme cargo de todo esto. ¡Uf, quita, quita!

Lo observó de reojo y torció el gesto.

—¡Mira que eres tonto! Es el maldito cuello. Cuando estoy demasiado tenso, se agarrota y hace que me duela la cabeza. Y, para tu información, si no me he quedado en casa descansando es porque sé que, si no vengo, voy a estar pensando todo el día en lo que tengo que hacer y me va a terminar doliendo aún más. Peor el remedio que la enfermedad —le contestó, arrellanándose en la silla.

—Eres un adicto al trabajo, Kev.

—No priorizar los momentos de ocio y ser responsable no me vuelve un adicto al trabajo —respondió.

—Fueron los *malditos ingleses* los que te cambiaron, colega. Antes no eras así.

—¿Otra vez vamos a volver con eso de los «malditos ingleses»? ¿En qué siglo vives? ¿No podrías olvidar la animadversión que les tienes?

Rory se levantó con rapidez y él lo siguió con la mirada. El rostro del hombre se mostraba serio y sin el atisbo de sonrisa que casi siempre lucía.

—No me caen bien, eso es todo —dijo mientras trataba de recolocarse la cintura de su pantalón de trabajo tirando hacia

arriba de las trabillas, con un gesto que le recordó a cuando eran pequeños.

Él sabía a la perfección que no iba a ningún sitio con aquella conversación. Su primo era muy tajante en cuanto a sus simpatías por los habitantes del país vecino. No era la primera vez que trataba de que le explicara por qué los detestaba de esa manera tan visceral, pero Rory solía cerrarse en banda, y a él lo frustraba que tuviera esos pensamientos tan retrógrados. Sin embargo, él no iba a entrar en más discusiones por esa causa, así que pasaría página y listo.

—Dejémoslo estar, ¿de acuerdo? —Se puso en pie y se dirigió a la mesa de cristal.

—Por mí estupendo. —Oyó decir a Rory a su espalda.

—Luego bajaré a echar un vistazo para ver cómo va todo.

—Bien. Por ahí estaré.

Escuchó la puerta cerrarse tras Rory. Respiró hondo y se apoyó en el borde de la mesa. Estaba preocupado; no por su primo, por supuesto. Rory era un gran tipo, solo necesitaba dejar de demostrar su resentimiento hacia los ingleses todo el tiempo. Mucho más en ese momento, cuando acababan de firmar contratos con empresas de esa nacionalidad.

Sacudió la cabeza; en realidad, su preocupación radicaba en todo el trabajo que tenía ese día por delante y que no le dejaría levantar la nariz de los papeles hasta muy tarde. Dispuesto a zambullirse en su rutina, regresó a su escritorio, se sentó en su sillón y pulsó el botón de encendido del ordenador.



Unos suaves toques lo devolvieron a la realidad. Sorprendido, se enderezó antes de fijar la vista en el lugar de donde provenía el sonido.

—Adelante.

Rory asomó la cabeza por el hueco de la puerta.

—¿No ibas a bajar hace un rato?

Bufó al tiempo que dejaba un montón de papeles sobre la mesa y se echaba hacia atrás.

—Sí, pero parece que se me ha ido el santo al cielo.

—Mejor lo dejas para otro momento. Te esperan a la una y media, ¿recuerdas?

—Pues no, no recuerdo. Refréscamelo.

Su primo entró en la oficina con pasos largos y se paró frente a él.

—La pastelería. En Grafton. Problemas de aparcamiento. ¿Ahora te suena?

Echó la cabeza hacia delante de manera teatral y gimió por lo bajo.

—Es cierto. Lo había olvidado por completo —respondió tras pasarse una mano por el rostro con un gesto cansado.

—Ni has almorzado.

Sin esperar un segundo, miró su reloj: la una menos diez. Su primo llevaba razón; lo había olvidado por completo. Y ya no tenía tiempo para pasarse por el *pub* que había en el polígono industrial donde estaba establecida la empresa y al que solía encargarle el almuerzo.

—Bueno, ya tomaré algo en el centro.

Abrió un cajón de su escritorio en busca de su pluma favorita. No recordaba haberla dejado allí ese día, como hacía cada mañana, pero pensó que era a causa de todo lo que tenía rondando en la cabeza.

Rebuscó y movió papeles, pero no pudo encontrarla.

—¿Dónde estás?

—¿A quién le hablas? Si tienes metida, o metido, a alguien en un cajón, voy a empezar a preocuparme.

Levantó la cabeza y clavó sus ojos, de párpados entornados, en Rory.

—¿Te he dicho hoy que eres tonto?

—No. Y estabas tardando —se mofó su primo.

Dejó escapar un suspiro y continuó su búsqueda.

—Mi Montblanc. Siempre la dejo aquí cada mañana.

Rory se acercó a él.

—Sé que le tienes mucho apego a esa pluma.

Asintió sin mirarlo. Era una carísima pluma, regalo de su hermana, y que siempre utilizaba para la firma de contratos. Tal vez era algo completamente trasnochado, sí, pero a él le gustaba.

—Pues sí. No me apetecería nada... —Sus manos se quedaron congeladas en el aire—. ¡Mierda!

—¿Qué?

—Ayer la estuve usando en el avión. Y no recuerdo haberla sacado de la chaqueta anoche. Ni esta mañana.

—La has perdido —comentó Rory. Y no era una pregunta.

Se inclinó hacia delante como si le pesaran mucho los hombros.

—¡Mierda! Creo que sí.

—Hombre, no te sofoques. Te compras otra y listo.

Levantó la vista muy despacio y la clavó en el hombre que estaba apostado frente a él.

—No me gusta perder nada.

—Ni en nada, que eso lo sé. —Suspiró su primo—. Anda, deja los lamentos para luego o vas a llegar tarde. Y eso tampoco te gusta.

A regañadientes tuvo que darle la razón. No, no le gustaba llegar tarde. Así que se levantó, fue hasta el perchero, tomó su chaqueta y se la pasó por los hombros.

—Hoy hace un buen día. —Oyó decir a Rory a su espalda.

—Pues me tocará pasar calor.

—Podrías dejar esas corbatas y esas chaquetas tan encorsetadas —le sugirió Rory, alzando una ceja y con una sonrisa que pugnaba por aparecer en sus labios. Él lo observó de soslayo.

—Me siento muy cómodo con mi indumentaria, muchas gracias. También yo te podría decir que deberías vestir algo más formal; como gerente, deberías tener otra imagen y no ir con... esos pantalones.

—¿Qué les pasa a mis pantalones?! Están limpios. Y son decentes.

—Nada. Solo que pareces...

—¿Uno de los empleados?

—Más o menos —contestó con un encogimiento de hombros.

—Es lo que soy, Kevin —admitió—. Tú eres el dueño; que sea tu primo no quita que siga siendo tu empleado.

—Eres el gerente.

—Empleado, a fin de cuentas.

Soltando un gruñido, miró hacia el techo. A veces era mejor abandonar a tiempo una batalla, pensó.

—Lo que tú quieras.

Rory dio un paso hacia él.

—Además, así estoy muy cómodo, muchas gracias.

En su camino hacia la puerta, se detuvo al lado de Rory y le dio un cariñoso palmeo en el hombro.

—Bueno, no me puedo entretener mucho. Te dejo a cargo del castillo —se despidió con cierto tono de sorna.

—Sí, sí, castillo. ¡Y llámame para decirme si necesitas que les envíe un mensajero para hoy! ¡No lo dejes para última hora! —Lo escuchó decir a su espalda mientras él caminaba por el pasillo rumbo al exterior. Levantó el brazo por encima de la cabeza y lo ondeó sin mirar atrás.